# SANT JORDI 2018 CONCURSO LITERARIO EN LENGUA CASTELLANA

## 1r CICLO POESÍA

## 1r PREMIO: *OLORES DE PRIMAVERA*, de Sara García Gázquez

A días de lluvia
y arco iris de colores,
a verdes campos
llenos de flores.

A eso huele la primavera.

A árboles llenos
de pájaros cantores,
a hierba fresca y tierra mojada
por donde pasan los caracoles.

A eso huele la primavera.

A paseos por el campo
y a gente haciendo sus labores,
a tantos olores
que alegran los corazones.

A eso huele la primavera.

## 2º PREMIO: *UNA MIRADA AL PASADO*, de Samaí Salazar

Recordando con una taza de café, dando sorbitos
y pensando en el ayer, si pudiera cambiarlo y
de nuevo volver a nacer, ¡cuántas cosas cambiaría y dejarían de ser!

Primero sería yo misma, no me dejaría convencer,
haría lo que yo estimara bien. Daría la vuelta al mundo,
visitaría los lugares más hermosos que nunca llegué a conocer.

¿Me casaría? ¡No! Nunca lo volvería a hacer. Estaría
disfrutando con los míos una y otra vez sin
preocuparme de nada ni de qué te hago para comer.

Sería como un pajarillo que vuela y vuela sin un porqué.

## 1r CICLO PROSA

## 1r PREMIO (*ex aequo*): *EL CIELO DE LOS NIÑOS ENFERMOS*, de Iman Jebari

Había una vez un niño enfermo llamado Carlos. Tenía una grave y rara enfermedad. Todos los médicos afirmaban que no viviría mucho, pero tampoco sabían decir cuánto. Pasaba largos días en el hospital y el estado de ánimo del chico iba empeorando por no saber qué iba a pasar, hasta que un día, un payaso que pasaba por allí y había visto la tristeza de Carlos, se acercó a decirle:

—¿Cómo piensas estar así sentado sin hacer nada? ¿No te han hablado del Cielo de los niños enfermos?

Carlos negó con la cabeza, pero siguió escuchando con atención.

—Pues es el mejor lugar que uno se puede imaginar, mucho mejor que el cielo de las mamás o cualquier otra persona del mundo. Dicen que es así para compensar a los niños por haber estado enfermos. Pero para poder entrar se tiene que cumplir una condición.

—¿Cuál? –preguntó el niño-

—No puedes morirte sin haber llenado el saco.

—¿El saco?

—Sí, el saco. Un gran saco azul como este –dijo el payaso mientras sacaba uno de debajo de su chaqueta y se lo daba.

—Has tenido suerte de que tuviera uno aquí. Tienes que llenarlo de billetes para comprar tu entrada al cielo.

—¿Billetes? Pues vaya. Yo no tengo nada de dinero.

—No son billetes normales –dijo el payaso- Son billetes especiales: billetes de buenas acciones, un papelito en el que tienes que escribir cada cosa buena que hagas por los demás. Por la noche, un pajarito revisa todos los papelitos y cambia los que sean buenos por auténticos billetes para el cielo.

—¿En serio?

—¡Pues claro! Pero tienes que darte prisa en llenar el saco. Llevas mucho tiempo enfermo y no sabemos si te dará tiempo a llenarlo. Esta es una oportunidad única. ¡Y no puedes morir antes de llenarlo, sería una pena terrible!

El payaso tenía un poco de prisa y, cuando salió de la habitación, Carlos quedó pensativo, mirando el saco que le había regalado. Lo que le había contado su nuevo amigo parecía una maravilla, y no perdía nada por probar.

Ese mismo día, cuando llegó su mamá a verle, él le dedicó la mejor de sus sonrisas e hizo un esfuerzo por estar más alegre que de costumbre, pues sabía que aquello la hacía feliz. Después, cuando volvió a estar solo, escribió en un papel: “hoy sonreí para mamá”. Y lo puso en el saco. A la mañana siguiente, nada más despertar, corrió a ver el saco: ¡Allí estaba! ¡Un verdadero billete de cielo! Parecía tan mágico y maravilloso que el niño se ilusionó, así que el resto del día no dejó de hacer todas esas cosas que sabía que alegraban a los doctores y enfermeras, y se tomó el tiempo para acompañar a otros niños que también se sentían solos. Incluso tomó unos libros para estudiar un poquito. Y por cada una de aquellas cosas echaba un papelito al saco. Y así, cada día, el niño despertaba con la ilusión de contar los nuevos billetes de cielo que tendría, y así conseguir muchos más. Se esforzaba todo lo que podía, porque se había dado cuenta de que no servía el truco de colocar los billetes desordenadamente en el saco para ocupar lugar, ya que el pajarito los colocaba en la forma en que menos ocupaban.

El niño se veía obligado a seguir haciendo buenas obras a toda velocidad, con la esperanza de conseguir llenar el saco antes de ponerse demasiado enfermo. Aunque tuvo muchos días, nunca llegó a llenar el saco.

Carlos, que se había convertido en el niño más querido de todo el hospital, era el más alegre y servicial y, al final, terminó curándose del todo ya que no le quedaba ni una posibilidad de morir. Nadie sabía cómo: unos decían que su alegría y su actitud tenían que haberle curado a la fuerza; otros estaban convencidos de que el personal del hospital le quería tanto que le dedicaban horas extras para tratar de encontrar algún remedio y darle los mejores cuidados que tenían, y algunos contaban que un par de ancianos millonarios a los que había cuidado mucho durante su enfermedad habían pagado un costoso tratamiento para él.

El caso es que todos decían la verdad, porque tal y como el payaso había visto ya muchas veces, solo había que poner un trocito de cielo cada noche en su saco azul para que lo que parecía una vida que se apaga fueran los mejores días de una vida entera, durase lo que durase, ya fuese mucho o poco.

## 1r PREMIO (*ex aequo*): *POR LA RAZÓN DE SUS SONRISAS*, de Uma Herreruela

Consigo distinguirla entre la multitud. Allí está ella con su vestido rojo, rojo carmín, ese que tanto me gusta observar, sus sandalias en sus pequeños pies, ese maquillaje tan perfecto como siempre.

Está triste y no lo comprendo. Entra en una cafetería y se sienta. No espera a nadie. Está ella, únicamente ella y sus tristezas. Le han hecho daño, y no me refiero a físicamente. Está rota. Coge el periódico y se sienta.

De su extravagante, pero elegante bolso negro saca unos regalices, casi tan rojos como su espléndido vestido.

A todo esto, no sabe que yo la observo, desde arriba, como cada día, sin atreverme a bajar de aquí y decirle que me encanta, que es ella por la que apartaría todos mis miedos, que no son pocos. Es ella, su bello rostro, el que me anima a levantarme cada mañana cuando el sonido de mi despertador alborota mi cabeza. Es por ella y solo por ella que, desde mi balcón, en el cristal se refleja una sonrisa diaria.

Después de muchos suspiros, la veo sonreír. Sonríe, pero no se ríe. No siente su sonrisa, simplemente curva hacia arriba sus rosados labios anchos, pero sus ojos lloran escondidos, camuflados.

Es mi momento de euforia. Un pequeño arco iris después de una larga tormenta.

Tengo un rayo de sol en mí. Dejo de verla por unos minutos.

En esos instantes, ella sale de la cafetería y empieza a caminar.

—¡Taxi! ¡Siga a esa tristeza! –ordenó el niño agorafóbico al taxista, saliendo por fin de su casa, por la razón de sus sonrisas.

## 2r PREMIO: *MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS*, de Mar Rovira

Cuando yo era pequeño, en las noches estrelladas, mi padre me solía decir que un día podría volar, que dejaría atrás el suelo áspero y duro que me retiene y que volaría hasta sumergirme en la belleza del cielo estrellado. Entonces yo le decía que era imposible, ya que, si no podía caminar, menos podría volar. Pero ni tan solo había acabado la frase cuando mi padre me cogía en brazos y me alzaba hacia el cielo. Yo reía. Él reía. Cuando mis pies y mis brazos volvían a apoyarse en el suelo, mi padre me decía: “Nada es imposible”.

Pero pasaban los años y, al no cumplirse mi sueño, poco a poco iba desapareciendo hasta desvanecerse en mi mente. Tenía que aceptar que, si había nacido paralítico, también moriría paralítico. Era imposible que un ser como yo volara. Así fue como ese sueño pasó a ser un débil recuerdo de mi humilde infancia.

Mi vida era muy aburrida. Me pasaba todo el día sentado, observando una de las calurosas praderas de Nigeria, donde se encuentra mi pequeña aldea. Observaba cómo salía el sol rojizo y cómo, al cabo de unas horas, se iba a dormir con sus tonos rojos y naranjas.

Pero un día pasó algo inesperado. Uno de los pastores de la aldea llegó a casa muy enfermo. Ese virus maligno que llevaba dentro fue propagándose entre otras personas de la aldea, consumiéndolas hasta acabar con sus vidas. Muy pocos podían superar ese terrible virus que por mala suerte llegó a mí. En pocas horas, la fiebre me subió. Tenía mucho frío a la vez que sudaba como en un día sin fin. Mi madre no pudo hacer gran cosa, así que reunió a toda la familia a mi lado.

Mientras mis hermanos lloraban, mi madre y mi padre me decían que no pasaba nada, que observara el cielo, que esa noche estaba lleno de estrellas. De repente noté cómo mi corazón, cansado, comenzaba a fallar, cómo mi cuerpo intentaba agarrar oxígeno, pero mis pulmones no respondían. Asustado, miré hacia el cielo. Cuando mis ojos marrones se fijaron en las estrellas de luz cálida, el dolor desapareció. Noté cómo mi alma comenzaba a librarse del suelo duro y áspero que me retenía y volaba hasta sumergirme en la belleza de ese cielo estrellado. Me giré para decirle a mi padre que sí, que tenía razón, que podía volar. Pero me di cuenta de que ya no me podía oír, que era imposible. Había dejado atrás mi vida. Así que, apoyando mi mano en mis labios, hice un breve movimiento de despedida hacia mi familia y me dejé impregnar por la belleza de esa noche infinitamente estrellada.

Es verdad, después de la tormenta viene la calma…

## 2º CICLO POESÍA

## 1r PREMIO: *A TI*, de Anaïs Barberán

Y tú, sin notar que mis ojos gritan,
sin saber que siquiera mis manos hablan,
que todo mi cuerpo dice que te ama,
que el verte me brinda tempestad y calma.

Y tú, que no sabes que mis mariposas,
revueltas, ansiosas, escapan sin luz,
buscando refugio en otra morada
que no son tu pecho, tu cuerpo, tu cama.

Y yo, que me pierdo en esta pasión.
Y tú, que te alejas,
sin notar siquiera que mis ojos gritan,
que mis ojos hablan,
que todo mi cuerpo dice que te ama.

## 2º PREMIO: *VIVO MUERTO*, de Guillermo Sáenz

Soy un vivo muerto,
No como el muerto que renace para vivir una vez más
Mas como el que, aun siguiendo respirando, muerto está.

Soy un vivo muerto,
Como el que anda por el camino sin saber a dónde va,
Como el que estando en el sendero siente que perdido está.

Soy un vivo muerto,
Desde el día en que mi Todo perdió todo su sentido,
Desde el día en el que solo sangre bombean mis latidos.

## 2º CICLO PROSA

## 1r PREMIO: *BURLA*, de Nit Llerena

El sonido de la lluvia se introduce por el cristal viejo de la ventana. Con los ojos aún cerrados, escondo la cabeza bajo las agradables sábanas. Esas que me recuerdan a mi niñez, tan suaves como el sonido de una niña reír, delicadas como una flor pero a la vez fuertes como los muros de una fortaleza. De no ser así, ¿cómo habría podido construir mi propio castillo bajo el cual soñar despierta tantas tardes?

El incesante repicar del agua me retorna al presente, recordándome una vez más que ya no soy una niña que juega con su plastilina de colores y debo levantarme. Con infinita pereza abro poco a poco los ojos desenredando así mis largas pestañas castañas. Una luz grisácea, pero aun así muy clara, me deslumbra cuando levanto la cabeza de la almohada, manchada con trazas negras parecidas a las que cubren la piel de una cebra. Sé, sin necesidad de mirar mi reflejo en algún sitio, que bajo mis ojos sigue ese difuminado dibujo. Me levanto de la cama poniéndome de rodillas sobre el colchón que se hunde bajo mi peso, y pego mi nariz en el cristal. Está frío, y me provoca un escalofrío que me recorre toda la espalda. Una sacudida igual que la de ayer, pero con un significado totalmente distinto.

Recuerdo. Me viene a la mente todo lo sucedido hace tan solo escasas horas, pero que en mi espesa cabeza parece una eternidad. Retrocedo en el tiempo para revivir cada uno de los instantes antes de que sucediera todo. Antes de que me dieran un golpe magistral que nunca hubiera esperado. Antes de notar cómo el corazón sonaba fuerte en mis oídos. Antes de no ver la nueva realidad que se abría ante mis ojos porque estos estaban a rebosar de agua.

Sigo mirando a través del cristal cómo las gotas de lluvia resbalan por las verdes hojas del árbol, rodando desde la cima hasta llegar al extremo, para luego seguir su camino con destino al suelo. Sus ramas se acercan constantemente, empujadas por el viento, y golpean el vidrio tan fuerte como las risas que ayer golpearon mis oídos.

Una mirada. Solo me bastó eso para saber que nada volvería a ser igual. Supe en seguida que la sinceridad que acababa de demostrar no sería recíproca, que mis palabras habían salido de mi boca buscando unas orejas dispuestas a escuchar, pero ahora veía que, ingenua de mí, se habían equivocado de persona. Pero no pensé ni tan solo por un segundo que lo que recibiría a cambio pudiera ser algo tan cruel, tan dañino, como su burla.

Sigo mirando como las gotas van cayendo, dejando marca en el alféizar de piedra rojiza, mientras mis ojos las imitan, impulsadas por un repentino capricho que no puedo detener. Si ahora me viera, si no hubiera pasado todo lo de ayer, me volvería a decir que no llorara, que mis ojos son tan azules como el mar y parece que el mismo se esté desbordando por mis mejillas. Pero no me ve, y sí ha sucedido lo de ayer.

Y duele. Duele que, después de vencer tus propios miedos, aun sabiendo a lo que te arriesgabas, te hayas permitido un suspiro y pensar que esta vez va a ser distinto, y volver a sentir esa ilusión correr por tus venas, esos nervios en el estómago, esa sonrisa brotar, y pensar que puede que no esté tan mal, que te mereces intentarlo, pero luego ver que te equivocabas. Que en el momento más importante te das cuenta de que has errado una vez más, y presenciar cómo la persona a la que has entregado tu sinceridad la coge a su placer, la mira con desdén a ella, luego a ti, y se ríe. De tu verdad, de tus sentimientos, de ti.

## 2º PREMIO: *ROJO*, de Judit Sierra

Ella se encontró muchas espinas durante su largo camino. Se pinchó con ellas pensando que eran bonitas y sangró…

Sangró, a punto de llorar, e intentó caminar, pero las espinas estaban clavadas dentro de ella y no la dejaban proseguir.

Pero ella seguía pensando que eran bonitas, tanto sus espinas como los pétalos que se le caían cada día.

Se intentó levantar, intentó caminar y desviarse para encontrar lo que buscaba, pero las rosas solo hacían que desviarla de esta guía.

Intentó proseguir, pero las espinas solo hacían que encogerse más consigo misma.

Y ella, con el tiempo, pasó de vestir de luto a vestir de rojo.

Ella es como una rosa, roja, reservada y peligrosa…

Ella no es de esas típicas. Ella, en cambio, destaca por su mirada que refleja aquel infierno en el que pasó tantos años de dolor y desengaño.

Tiene espinas para prevenir el dolor que quiere hacerle la gente.

Tiene un buen perfume para sentirse más segura; para, cuando se caigan los pétalos, amortiguar la caída.

Ella es una rosa roja que está un poco rota.

## BACHILLERATO POESÍA

## 1r PREMIO: *PROCESO CREATIVO*, de Artur Farriols

Motivado por la nota,
Obligado en tutoría,
Sale a desgana de mi alma
una modesta poesía.

Tras millares de segundos
Y de escasa inspiración,
Pareciera que asomara
Una tímida oración.

Cada vez más presionado
por el tiempo transcurrido,
No corta el mar sino vuela
Un octeto decidido.

Con el poema acabado
El deber está cumplido.
Solo me resta entregarlo
y que sume un positivo.

## 2º PREMIO: *NO ESTÁS*, de Sandra Moreno

Hoy ya van a pasar
 seiscientos sesenta días.
Hoy es un nuevo día,
pero tú sigues sin estar.

Ausente,
pero permaneces.
Permaneces en mí.
Permaneces en todos.

Tu risa, tu sonrisa, tu…
Tú y contigo bailar, saltar…
No imaginas cuánto te encuentro a faltar.

Mi haz de luz en invierno.
Mi guía al caminar.
Mi melodía al silbar
“Mi carro” de Escobar.

Plenamente *amar*,
contigo un verbo de verdad.
Aprendí fuerte a amar,
y a amar con sinceridad.

Avi, te quiero.
Y deseo verte aquí.
Día sin ti, día gris.
Un intenso gris oscuro.

Hoy ya han pasado
seiscientos sesenta días.
Mañana será otro día,
pero tú seguirás sin estar.

## BACHILLERATO PROSA

## 1r PREMIO: *EL INEXORABLE REFLEJO DEL ESPEJO*, de Pol Morales

Yazco en un mueble de su casa, inmóvil, inevitablemente quieto, de presencia inadvertida y de aspecto sucio y descuidado, de actitud observadora y curiosa, frente a esas escaleras que tantos años he estado contemplando; condenado.

Soy una de las posesiones de esa persona fría e implacable, cuya única obsesión parecía ser hacerme pasar desapercibido.

Esa persona, descuidada y negligente, adormilada después de una larga y cálida noche bajo sus sábanas, decidió por primera vez, después de tantos años, reflejar su rostro sobre mi ser. Esa mirada fue mi perdición. Dio un paso en falso y se precipitó por las escaleras bailando entre gritos hacia su eterna e inexorable muerte; condenada.

Frente a esas escaleras de color rojo inerte yazco yo, obsequiado con ver sobre mi precioso reflejo tal merecida escena; absuelto.

## 2º PREMIO: *LA NIÑA FEA (Narración breve)* , de Itzíar Salazar

¿La razón de su existencia? Dios la sabe. ¿De cómo llegó allí? Otro gran misterio. Lo cierto es que se trataba de un ser pequeño y extraño, habitante de una gruta. Una especie de alimaña que malvivía entre caminos hacia rutas desconocidas, perdidas, sin rumbo. Estaba hecho todo un trágico, pero no de los grandes, sino más bien de aquellos que pasan inadvertidos, si es que a manos de algún lector llegan. Era horrendo, deforme, feo, así lo contaban a sus madres los niños del pueblo que lograban apenas verlo. Entre ellos se desorbitaban los rasgos más repugnantes de la criatura, pues en eso consistía el pasatiempo de media tarde. Hasta que se cansaban del tonto juego, hasta que sus cuerpos se estremecían al pensar en aquellos atrofiados ojos. Qué asco, clamaban. Qué tirria, decían. Pero lo que no sabían es que las vibraciones de sus voces retumbaban sin fin en las aurículas del monstruo. Y lo oía, solo, y lo sentía, cuerpo adentro, y lo lloraba, con sus ojos chicos, y lo sufría, sin pausas, sin prisas. No había lapso que solucionara aquel desastre, y es que, por no haber, de hecho, no había nada.

Y se hizo la luz, justo en aquel preciso instante en que la niña fea traspasó las grutas, sin ella saber realmente lo que hacía. Y una vez liberada del mundo externo, cruel e insano, dijo valiente: Vengo en busca de amigos, porque ahí fuera no hay de eso. ¿Amigos? Pensó. Dime, ¿de dónde sale esa palabra? Tartamudeó el animal. La niña respondió a sus dudas con una mueca de sorpresa, y se dirigió a él. ¿De veras me preguntas? Pues un amigo es… No sé, alguien a quien quieres, alguien que te hace sentir… mmh… bien. Bueno, de hecho hay quienes se atreven a decir que un amigo es aquel que guarda tu alma, pero eso ya son palabras mayores. Pues luego otros llaman amigo a cualquiera… No sé, pequeño, no sé, porque no tengo yo de eso. La fiera se mostró afligida ante su voz, y mientras rozaba su fría tez contra el rostro de la joven, decía: Pobre niña fea, fea y con ganas. Pero el serlo no era lo que la distinguía de los demás niños. Ella era distinta. Distinta por el simple hecho de ser contraria. Distinta por el engorroso hecho de aceptar su condición. Porque amigos, permítanme decirles que cada uno debe querer a sus monstruos, y a partir de ahí, empieza todo.

Atentamente, la niña bonita.